

LA ENTREGA

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

LA ENTREGA

El Señor compara el reino de los Cielos con *un tesoro escondido en el campo*¹. El hombre que lo encuentra se llena de alegría; sabe que ese inopinado hallazgo no tiene precio, y cualquier esfuerzo le parece pequeño con tal de hacerlo suyo. Por eso, sin dudar un instante, *gozoso de su descubrimiento, vende todo cuanto tiene y compra aquel campo*².

También la vocación es un tesoro de valor incalculable: *una luz espléndida, un fulgor, un fuego de amor*³, que Dios enciende en el alma inesperadamente, quizá cuando uno no lo buscaba.

En el Evangelio, el Señor cuenta también la historia de un mercader que trata en perlas finas, y un día le ofrecen una de gran valor⁴. No es un hecho casual, como en el caso del tesoro; para topár con una joya preciosa es necesario negociar en ese ramo, o estar introducido en el mercado. Podríamos decir que ésa es la situación de quienes aspiran a dar un sentido más alto a su vida: desean ser generosos con Dios y frecuentan su trato en la oración y en los sacramentos. Se ponen, por tanto, en condiciones de recibir una oferta. Pero el Evangelio deja bien claro que, en todo caso, la vocación es divina, inmerecida; es siempre don gratuito de Dios.

Has de tener en cuenta —decía nuestro Padre en una tertulia— *que*

(1) *Matth.* XIII, 44.

(2) *Ibid.*

(3) De nuestro Padre, *Crónica*, 1972, p. 468.

(4) Cfr. *Matth.* XIII, 45.

la gracia de la vocación la da Dios a quien quiere, y —tantas veces— no a los mejores.

No sé si tú eres de la Obra; yo sí, y soy un pobre hombre. Conozco muchas personas buenas y nobles por ahí, que no reciben la gracia de la vocación. Y estoy convencido de que hay y habrá muchas almas estupendas, gente generosa, espléndida, a quienes Dios no llama al *Opus Dei* (...). Quizá ellos son unos grandes diamantes y nosotros sólo una cosita pequeña, una chispa de diamante; pero El nos coloca de tal manera que brillamos tanto como la piedra preciosa más grande, si somos fieles ⁵.

El precio del tesoro

¿Cuánto vale el tesoro de la vocación? ¿Qué exige a cambio? La parábola responde claramente que el Señor lo pide todo. Sin embargo, no es excesivo, porque el hallazgo vale infinitamente más. Uno se da cuenta de que en ese negocio sólo hay ganancias, y siente deseos de decir: *¡qué poco es una vida para ofrecerla a Dios!*... ⁶.

Pero la entrega es costosa, porque en esa palabra —*todo*— nunca podemos saber exactamente lo que se comprende. Es poner en las manos de Dios el presente —lo poco o lo mucho que uno tenga en un momento determinado— y también el pasado y el futuro: proyectos, sueños, ambiciones, apegamientos... No es extraño que alguno vacile.

Más de una vez preguntaron a nuestro Padre precisamente eso: si darse a Dios por completo no es una locura.

Estoy seguro —solía responder— de que todo esto es una locura. Desde que comencé a trabajar por el Señor me han llamado loco muchas veces, y no me he enfadado nunca. Yo soy loco de atar, pero a lo divino ⁷. Y poco después insistía: si nuestra locura se acompaña de sacrificio, con la ayuda de Dios es una locura divina. Si tú y yo no pensamos en nuestra comodidad, ni en los caprichos de nuestro corazón, ni en nuestras ambi-

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 450-451.

(6) Camino, n. 420.

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 9-XII-1973, en Crónica, 1974, p. 255.

ciones personales, ni en nuestro bienestar material; si pensamos en los demás, somos felices y locos, divinamente locos. Sólo es infeliz el que piensa en sí mismo, el que se hace egocéntrico. Nosotros debemos ser Cristocéntricos: poner a Cristo en el centro de nuestra vida ⁸.

Sólo cuando se está dispuesto a ver las cosas así, a la luz de la fe y sin poner obstáculos a la gracia, se comprende que la entrega vale la pena. Todo cuanto el hombre puede dar a Dios es nada si se compara con lo que recibe; por eso sería desatino, necedad, regatear en el precio de la perla, contar y volver a contar la calderilla de la propia vida, resistirse a secundar los planes magníficos del Señor por no querer soltar unas pocas monedas: unos proyectos pequeños y tal vez egoístas, una parcela de libertad o un pedazo del corazón.

Si tú has probado a entregarte a Dios, habrás saboreado la dulzura —más que la de la miel— del cariño que ha tenido contigo. Cuando nos damos a El sin condiciones, aunque nos veamos una pobre cosa, Dios Nuestro Señor vuelca en nosotros toda su maravilla de bondad, de hermosura, de grandeza... ¡Considerad si no salimos ganando! Por eso vale la pena. Los que no piensan igual, que hagan la prueba de entregarse a Dios de una vez, y comprobarán que, a cambio de su pobre amor, el Señor se les entrega por entero, y sentirán la necesidad de permanecer fieles a ese Amor toda la vida ⁹.

¡Cuántas dudas de si se tiene o no vocación no son más que problemas de generosidad! Es el caso de quienes, en lugar de plantearse qué es lo que Dios les pide, para responder con un sí lleno de alegría, se detienen a calcular cuánto les va a costar exactamente esa posible llamada. No comprenden que no vale la pena esa contabilidad pobretona. Con Dios hay que darlo todo, para ganarlo todo.

No dejamos nada, hijo mío —respondía nuestro Padre—; la vida nuestra es tan feliz... No me cambio por nadie, y eso que me han tratado a palos y a puntapiés (...). He sido siempre muy feliz y también ahora. Por eso puedo quererlos tanto a todos, también a los que no estáis en el Opus Dei ¹⁰.

(8) *Ibid.*

(9) Del Padre, Tertulia, 25-III-1978, en Crónica, 1978, p. 465.

(10) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 450.

Es cierto que darse así, por completo, abandonándose a la voluntad del Señor, comporta otro riesgo: aunque Dios no abandona jamás a quien llama, el hombre puede volver la vista atrás y no perseverar en el camino. Sin embargo, esa posibilidad es inherente a cualquier decisión humana, y en este caso especialmente no puede servir de coartada para responder que no, porque a la debilidad de los propósitos humanos su-
ple —si no se pierde la buena voluntad— la firmeza de la fidelidad divina.

Tampoco yo sé si seré fiel —comentaba nuestro Padre—. Es una bendición de Dios que nos tenga así, en la incertidumbre, con esta revolución interna de cuando en cuando, con el ambiente vergonzoso que hay por ahí, con esa protesta estéril que no da solución a nada. Toda esta violencia, esta lujuria suelta, esta animalidad desenfrenada no ayuda a perseverar, ¿verdad? Pero todo eso, en cierto sentido, ayuda; porque el alma se siente en la obligación de decir al Señor: no estás solo; aquí estoy yo contigo, aunque no sepa si perseveraré.

El Señor nos deja en la duda para que seamos humildes. Si yo supiera que mi perseverancia está asegurada, sería un soberbio (...). Pero mira, hijo mío: si tú y yo supiéramos que una persona se pone en peligro por amor nuestro, y nos hace muchos servicios, y en nuestro poder estuviera el ayudarle de manera que esos peligros no le hiciesen daño, le ayudaríamos, ¿no es verdad? Pues Dios Nuestro Señor es omnipotente y omnisciente, y tiene un corazón más grande que el nuestro, y nosotros somos hijos suyos. En peligros graves no nos ponemos, porque con su gracia los evitamos y los huimos. Luego no tenemos asegurada la perseverancia, pero perseveraremos ¹¹.

La hora de la entrega

Quando el Señor elige a alguien para el Opus Dei, le pide una entrega total, conforme a sus peculiares circunstancias, pues esta llamada

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 532.

se dirige a cristianos corrientes y a nadie saca de su sitio. Dios pasa por la vida de cada persona en una ocasión determinada, a una edad concreta, en circunstancias distintas; y exige de acuerdo con esas condiciones, que El mismo ha previsto desde toda la eternidad.

*El reino de los cielos se parece a un padre de familia que, al romper el día, salió a alquilar obreros para su viña*¹². Jesús llama a algunos en la primera hora, cuando aún tienen pocos años, y les pide sus ambiciones, las esperanzas y proyectos de un futuro que, a esa edad, parece lleno de promesas. Tal vez el corazón se resista, porque uno se siente señor de la propia vida y tiene miedo de malograr posibilidades insospechadas. La entrega puede parecer como una hipoteca de la libertad, y quizá se presenta la tentación de evitar cualquier compromiso que limite la capacidad de elección para el futuro.

Nuestro Fundador, refiriéndose a esas personas, escribe en una de sus homilias: *son almas que hacen barricadas con la libertad. ¡Mi libertad, mi libertad! La tienen, y no la siguen; la miran, la ponen como un ídolo de barro dentro de su entendimiento mezquino. ¿Es eso libertad? ¿Qué aprovechan de esa riqueza sin un compromiso serio, que oriente toda su existencia?*¹³. Y más adelante insiste: *nada más falso que oponer la libertad a la entrega, porque la entrega viene como consecuencia de la libertad. Mirad, cuando una madre se sacrifica por amor a sus hijos, ha elegido; y, según la medida de su amor, así se manifestará su libertad. Si ese amor es grande, la libertad aparecerá fecunda, y el bien de los hijos proviene de esa bendita libertad, que supone entrega, y proviene de esa bendita entrega, que es precisamente libertad.*

(...) *Insisto, querría grabarlo a fuego en cada uno: la libertad y la entrega no se contradicen; se sostienen mutuamente. La libertad sólo puede entregarse por amor; otra clase de desprendimiento no la concibo. No es un juego de palabras, más o menos acertado. En la entrega voluntaria, en cada instante de esa dedicación, la libertad renueva el amor, y renovarse es ser continuamente joven, generoso, capaz de grandes ideales y de grandes sacrificios*¹⁴.

(12) *Matth. XX, 1.*

(13) *Amigos de Dios, n. 29.*

(14) *Amigos de Dios, nn. 30-31.*

La juventud es, por su misma naturaleza, el momento de las grandes decisiones: el corazón puede ofrecer lo mejor; humanamente es capaz de entender una entrega por amor; tiene menos ataduras. *¡Qué bonito es dar el corazón a Dios cuando se tiene quince años! A esa edad —decía nuestro Padre— comencé yo a sentir los primeros barruntos de la llamada divina, pero no pude entregar mi corazón entero hasta más tarde. Por eso me dan envidia los jóvenes que responden afirmativamente al amor de Dios*¹⁵.

Sin embargo, no puede afirmarse que una determinada edad sea la más adecuada para recibir la vocación. Jesús enseña que el dueño de la viña, después de contratar a los primeros obreros al romper el día, volvió a salir a media mañana, al comienzo de la tarde, antes de la puesta de sol e incluso a última hora, a punto ya de concluir la jornada de trabajo¹⁶. Muchos descubren su vocación cuando son jóvenes; otros, en plena madurez y aun al final de su vida en la tierra, cuando aparentemente ya no hay caminos, ni proyectos, ni ambiciones razonables. También entonces cuesta, porque se ha hecho uno como un molde de yida que es necesario romper para entregarse. Pero cuando Dios llama a un alma en la vejez, la remoja por dentro con su gracia: la llena de ilusiones, de juventud, de afán de entrega. *Ecce nova facio omnia!*¹⁷, dice el Señor; Yo puedo renovar todo: acabar con la rutina de la vida, enseñar a mirar más lejos y más arriba, infundir un amor con fuerza recién estrenada. *Por eso —concluye nuestro Padre—, en el Opus Dei no exigimos una edad determinada. Ponemos límites sólo por abajo, para que no vengan niños sin sentido práctico de la vida y sin saber, bien lo que hacen. Por arriba no hay límites de edad (...). Bastantes personas de más de ochenta años han venido a llamar a las puertas del Opus Dei, y se las hemos abierto de par en par*¹⁸.

¿Cuál es la mejor edad para entregarse a Dios? Aquella en la que se escucha la llamada. Lo importante es ser generoso entonces y siempre, sin confiar en que habrá otra oportunidad, que tal vez no llegue nunca;

(15) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 464.

(16) Cfr. *Matth.* XX, 2-6.

(17) *Apoc.* XXI, 5.

(18) De nuestro Padre, Crónica, 1972, pp. 458-459.

sin suponer tampoco que ya es demasiado tarde, que se ha pasado el tiempo de las decisiones valientes.

El porqué de la entrega

La entrega a Dios no se agota en una sola decisión, en la primera respuesta a la llamada divina. Es preciso decir que sí al principio, y renovar esa afirmación muchas veces a lo largo del camino, para purificarla y hacerla más plena y más alegre. Así lo recordaba nuestro Padre a sus hijos del Opus Dei:

Hemos venido a entregarnos del todo, sin regateos; y no sólo porque nos haya dado la gana, sino porque El nos llama por nuestro nombre, como a los primeros Doce: ego vocavi te nomine tuo (Isai. XLIII, 1).

Hijo mío, estás viendo a los Apóstoles junto a Cristo: a Juan, un adolescente que viene a darse con toda la fuerza de su vida limpia, y a esos otros hombres que vienen de lejos; que, cuando vieron brillar los ojos del Señor —a la orilla del lago o en el banco de los tributos—, cuando oyeron aquel veni, sequere me (Matth. XIX, 21), lo dejaron todo para seguirle siempre.

Uno dejó la barca y las redes; otro, el dinero que manejaba; aquél, los padres; el de más allá, los hijos... Y junto a Cristo está incluso, y con llamada especial, un apóstol, Judas, que no es digno de llamarse Apóstol. ¿No te da alegría, hijo mío, contemplar estas escenas del Santo Evangelio?

A mí se me llena el alma de ilusión, cuando veo que todos podemos acercarnos a Cristo con confianza, y correr a su vera, arrastrando nuestras miserias, y sentirnos seguros a su lado. Late en este pasaje de la Escritura una llamada, una luz, una fuerza... ¡La misma que tú y yo hemos sentido! Porque el Señor quiere que, junto a su Omnipotencia, vaya nuestra flaqueza; junto a su luz, las tinieblas de nuestra pobre naturaleza¹⁹.

La entrega puede costar siempre, no sólo cuando se responde por vez primera a la llamada. Pero Jesús asegura que su yugo es suave y su carga ligera²⁰; que llevar ese peso por amor es tan alegre y sencillo co-

(19) De nuestro Padre, Crónica, 1970, pp. 81-82

(20) Cfr. Matth. XI, 30.

mo abandonarse en las manos de Nuestro Padre Dios, y permitir que El actúe. *Siendo instrumentos de Dios lo podemos todo —omnia possum in eo qui me confortat! (Philip. IV, 13): ¡todo lo puedo en Aquél que me conforta!—, porque El ha dispuesto, por su bondad, utilizar estos instrumentos ineptos, vosotros y yo. Así que el apóstol no tiene otro fin que dejar obrar al Señor, hacerse disponible, para que Dios cumpla —a través de sus criaturas, a través del alma elegida— su obra salvadora*²¹.

Esa entrega no esclaviza: libera. No corta las alas, sino que permite volar más lejos. Por eso el Señor la pide a sus elegidos. *No sé si tú habrás estado en la guerra, escribe nuestro Padre. Hace ya muchos años, yo pude pisar alguna vez el campo de batalla, después de algunas horas de haber acabado la pelea; y allí había, abandonados por el suelo, mantas, cantimploras y macutos llenos de recuerdos de familia: cartas, fotografías de personas amadas... ¡Y no eran de los derrotados; eran de los victoriosos! Aquello, todo aquello les sobraba, para correr más aprisa y saltar el parapeto enemigo (...).*

*No olvides que, para llegar hasta Cristo, se precisa el sacrificio; tirar todo lo que estorbe: manta, macuto, cantimplora. Tú has de proceder igualmente en esta contienda para la gloria de Dios, en esta lucha de amor y de paz, con la que tratamos de extender el reinado de Cristo. Por servir a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas, debes estar dispuesto a renunciar a todo lo que sobre; a quedarte sin esa manta, que es abrigo en las noches crudas; sin esos recuerdos amados de la familia; sin el refrigerio del agua. Lección de fe, lección de amor. Porque hay que amar a Cristo así*²².

Cuando se encuentra un tesoro o la perla más preciosa, ¿cómo pensar que se pierde algo, aunque se entregue todo? Sólo al egoísmo o a la soberbia le puede parecer una locura. Pero es ganancia. Por eso, vale la pena tener *el corazón como en carne viva para oír las llamadas del Espíritu Santo y responderle: ecce ego quia vocasti me! (I Reg. III, 8-9); Señor, aquí me tienes porque me has llamado. ¡Otro loco para este manicomio! Que estemos locos, locos de amor de Dios*²³.

(21) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 84.

(22) Amigos de Dios, n. 196.

(23) Del Padre, Crónica, 1976, p. 674.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)